

## Las claves de Tito

ble y necesario oponerse al coloso sin renunciar a la ideología socialista. El conflicto había puesto de manifiesto el abismo que existe entre las palabras y los hechos de los dirigentes soviéticos. Preconizan, por un lado, la lucha liberadora, la soberanía y la independencia de los pueblos, y por otro intervienen, incluso militarmente —la invasión de Afganistán es una prueba—, en los países cuya política consideran contraria a sus intereses de Estado.

En mi opinión, Tito ha sido el estadista de nuestra época que mejor ha sabido adecuar su política a dos grandes corrientes del progreso histórico: la tendencia a la mundialización de los fenómenos político-sociales, a los planteamientos supranacionales, supraestatales, supracontinentales; y la otra, aparentemente contradictoria pero complementaria, tendente a la recuperación de las peculiaridades locales, nacionales, al reforzamiento de las autonomías comunitarias, a la extensión de la democracia. Su liderazgo en el movimiento mundial de países no alineados, sus orientaciones hacia la autogestión y el reforzamiento autónomo de las repúblicas federadas de su Estado, le acreditan como estadista de talla excepcional. La experiencia yugoslava, con sus aciertos y fracasos, es a mi juicio la que puede proporcionar a los que en España aspiramos a una nueva sociedad socialista enseñanzas más cercanas.

Tito manifestó siempre gran simpatía y solidaridad por la causa de la democracia española. Pero, contrariamente a lo que se ha afirmado en la prensa, Tito no participó en nuestra guerra civil. Eso sí, desarrolló una gran actividad como funcionario de la Komintern en el agrupamiento de voluntarios de diversos países que lucharon en las Brigadas Internacionales.

Al evocar la figura de Tito me vienen a la memoria unas palabras de Brecht en su obra "Galileo Galilei": desgraciada la tierra que necesita héroes, pero como la tierra es aún desgraciada, los héroes son necesarios. ■ A. P. U.

(\*) Artemio Precioso Ugarte, hijo del escritor del mismo nombre, nació en Hellín (Albacete) en 1917. Al comienzo de la guerra civil estudiaba tercer curso de Derecho. Militante del PCE, llegó a jefe de una brigada y como tal intervino en los frentes de Extremadura y Levante. Exiliado, regresó a España en 1961. Actualmente no está afiliado a ningún partido y dedica la mayor parte de su tiempo al Centro de Estudios Socioecológicos, del que fue uno de los fundadores.

**L**A intervención soviética en Afganistán —si bien se ha producido en un contexto de rearme occidental (decisión de instalar los euromisiles; no ratificación por Norteamérica del acuerdo Salt 2)— parece haber dado argumentos a quienes niegan la voluntad real de "détente" de la Unión Soviética o el carácter supuestamente defensivo de su estrategia militar.

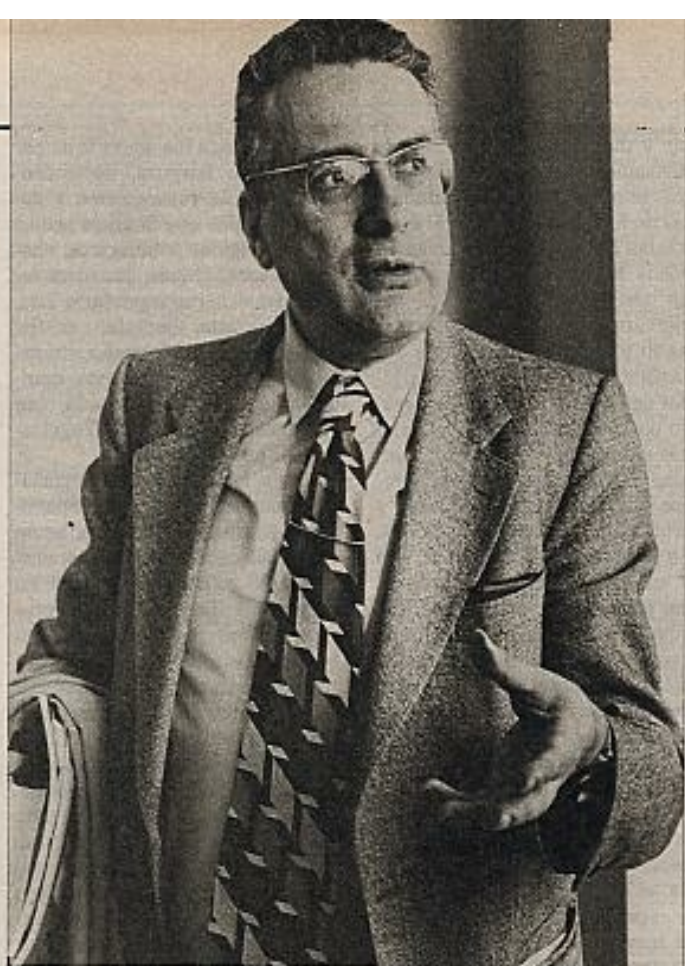
**Ernest Mandel (\*):** La idea de autodefensa, en el caso de la URSS, no puede vincularse exclusivamente a fenómenos de índole militar. Sigue siendo evidente que la burocracia soviética, por razones de conservadurismo social, está básicamente interesada en el mantenimiento del "statu quo", en la política de coexistencia pacífica. Y así evita desestabilizar la situación en cualquier parte del mundo que pueda considerarse estratégicamente decisiva desde el punto de vista del imperialismo y la burguesía internacional.

Si hacemos el balance de lo ocurrido en los treinta últimos años, veremos que el Ejército soviético no ha llegado a intervenir directamente en apoyo de ninguna revolución: ya fuese la china, la vietnamita o la cubana. Tampoco ha sido ese el caso en la guerra de Corea.

Ahora bien, esa línea estratégica general no significa que la burocracia soviética no tema seriamente la posibilidad de que ciertos acontecimientos próximos a su frontera, tengan una influencia negativa de puertas para adentro, incluida una influencia disgregadora para su propio poder. Ese temor determinó su intervención militar en Hungría, en el 56, y en Checoslovaquia, en el 68.

¿Cabe atribuir ese mismo sentido a los sucesos de Afganistán? Posiblemente. Aunque no poseemos todos los datos, la motivación fundamental de la intervención soviética en Afganistán parece ser idéntica.

(\*) Destacado economista y teórico trotskista. Entre sus obras traducidas al castellano figuran: "Tratado de economía marxista", "El capitalismo tardío", "Ensayos sobre el neo-capitalismo", "Introducción a la teoría económica-marxista", "Control obrero, consejos obreros y autogestión" (todas ellas de la editorial Era), "La concentración económica en los Estados Unidos" (Amonortu), "La crisis", "Alienación y emancipación del proletariado", "Crítica del eurocomunismo" (las tres de Fontamare), "Introducción al marxismo" (Akal).



Mandel: "La situación estratégica de Yugoslavia es tal, que parece muy improbable una intervención soviética".

## Ernest Mandel: La guerra fría es un engaño

JOAQUÍN RABAGO

ca. Es cierto que allí no se ha producido una revolución política que —como en los casos húngaro o checoslovaco— pudiera encontrar eco entre los obreros de la propia URSS. Ahora bien, una derrota del Ejército soviético por las guerrillas islámicas, después de lo ocurrido en el Irán, podría influir sobre las poblaciones islámicas que son mayoritarias en algunas repúblicas asiáticas de la URSS.

Hay que considerar también un segundo hecho como es el debilitamiento de la capacidad de intervención del imperialismo tras su derrota en el Vietnam. Debilitamiento de orden político, no militar. No creo en absoluto en la superioridad del Pacto de Varsovia sobre el bloque occidental. Todo lo que en ese sentido se está diciendo y escribiendo últimamente en la prensa occidental debe considerarse como una

gran mistificación, un colosal engaño.

Lo que ocurre es que, tras su derrota en el Vietnam, el imperialismo se encontró con una situación de rechazo por parte de la opinión pública (tanto en los propios Estados Unidos como en la Europa Occidental): de rechazo de la posibilidad de nuevas aventuras militares. De esa forma, durante unos años —prácticamente desde el 75 hasta el 79— no hubo, por así decir, ningún género mundial del capitalismo. Pero eso se ha acabado. Los Estados Unidos han utilizado la cuestión de los rehenes en Teherán y la intervención soviética en Afganistán para organizar ese cambio en la opinión pública que necesitan con urgencia para poder de nuevo intervenir militarmente en cualquier región del mundo donde el imperialismo vea amenazados sus intereses.

Durante esa etapa de parálisis del imperialismo, la burocracia soviética ha tratado de obtener, es cierto, un cierto mejoramiento de su situación estratégica en algunas regiones del mundo, aunque procurando siempre que esas conquistas fuesen lo suficientemente marginales a ojos del imperialismo como para no provocar fuertes reacciones en Occidente. Y Moscú no se equivocó —desde su punto de vista, naturalmente— en casos como los de Angola, Etiopía, Eritrea...

Ahora bien, la propia URSS ha reconocido los límites de esa política. Por ejemplo, el Zaire era ya demasiado valioso para Occidente, por sus materias primas, y la URSS lo respetó. Ha habido incluso un acuerdo entre el Gobierno de Angola y el de Mobutu, en el Zaire, que ha permitido garantizar una relativa estabilidad de la situación política en ese último país.

Parece, sin embargo, que en el caso de Afganistán la Unión Soviética ha calculado mal. Su interven-

significa que los soviéticos hayan cambiado su estrategia en relación con el mantenimiento del *statu quo*. Pura y simplemente, se han equivocado.

Estos días se está hablando mucho de Yugoslavia con motivo del que se supone próximo fin de Tito. La prensa se hace eco de rumores alarmantes sobre movilización de tropas en Bulgaria, cerca de las fronteras de aquel país, rumores puntualmente desmentidos por Moscú. A diferencia de Afganistán, la situación geoestratégica de Yugoslavia parece ser de una importancia tal para la OTAN y, en concreto, para la Europa occidental, que una hipotética intervención soviética en ese país podría provocar una catástrofe.

E. M.: La situación estratégica de Yugoslavia es tal que una intervención directa del Pacto de Varsovia parece altamente improbable. Es significativo que en su libro sobre la Tercera Guerra Mundial, que él sitúa en 1985, sir John Hackett seña-

asunto de crisis política interna, y no el resultado de una intervención. En cualquier caso, es muy poco probable que la facción pro Moscú llamase a las tropas soviéticas. Porque la facción contraria haría lo propio con la OTAN.

—Pero la propia complejidad étnica y cultural del país parece terreno más que abonado para todo tipo de fenómenos disgregadores, que podrían ser fácilmente provocados desde el exterior.

E. M.: Me parece que se exagera. Creo que el nivel de identificación del pueblo yugoslavo con su Estado y todo lo que representa —neutralismo, autogestión, economía socialista de mercado es superior al que existe en otros países de la Europa oriental, incluida la URSS.

En este sentido, toda tentativa de obstrucción radical —no hablo de cambios graduales; eso es otra cosa— va a encontrarse seguramente con la oposición activa de la mayoría de la población. Hay además un hecho especialmente signi-

guerra fría. Sin embargo, hay ciertos síntomas en la actual situación mundial que no pueden calificarse de otro modo.

E. M.: Para que pudiera haber guerra fría sería necesaria la unidad de dirección y de intereses en el campo burgués, que hoy por hoy no existe. Hay diferencias de intereses comerciales entre las burguesías de Europa, el Japón y los Estados Unidos. Para la burguesía germano-occidental, por ejemplo, interrumpir el comercio con los países del Este representaría un golpe económico muy duro, cuya consecuencia inmediata sería una grave recesión.

Por otro lado, la guerra fría implica una enorme capacidad de movilización ideológica. La capacidad de embarcar a amplias capas de la población en una cruzada anticomunista. Y con excepción de los Estados Unidos, yo no veo las condiciones políticas para que esto ocurra, sobre todo en Europa occidental. Volvemos, es cierto, a la situación anterior a 1975, es decir, a la derrota norteamericana en el Vietnam, pero la guerra fría había acabado mucho antes.

Sin embargo, ciertos gobiernos —por ejemplo, el británico de Margaret Thatcher— tratan de aprovechar la psicosis de guerra para llevar a cabo una política claramente desfavorable a las clases populares. Hay además en muchos países una campaña contra el keynesianismo, contra el estado intervencionista. Véanse las propuestas de los llamados —no se sabe muy bien por qué— "nuevos economistas".

E. M.: También aquí se exagera. Ni siquiera cuando el keynesianismo estaba en boga en la Universidad, en los años cincuenta o sesenta, se registraron los déficits presupuestarios tan astronómicos que han conocido en los últimos años países como el Japón o los Estados Unidos. Es cierto que se intenta frenar el crecimiento de esos déficits, pero no mucho más.

Si, por ejemplo, en Gran Bretaña se hiciese una verdadera política monetarista, es muy probable que el número de parados alcanzase rápidamente los cuatro millones. Algo imposible de hacer tragar a la clase trabajadora, si tenemos en cuenta su actual grado de organización. Simplemente no lo toleraría. No debemos olvidar que durante la crisis del veintinueve al treinta y dos, por ejemplo, se aplicó una política de deflación que hoy no soñarían con poder aplicar ni siquiera el Gobierno más reaccionario. ■



La intervención soviética en Afganistán constituye sólo un error de juicio, pero no un cambio de estrategia con relación al mantenimiento del *statu quo*. En la foto, afganos ante los muros de la cárcel de Kabul.

ción no ha podido ser más inoportuna. Es como si los soviéticos se hubiesen propuesto ayudar a Carter en un año de elecciones.

E. M.: Es cierto que en el caso de Afganistán se han equivocado. Tal vez pensaban que los Estados Unidos no iban a reaccionar. No han entendido nada de lo que ha empujado a cambiar en Norteamérica tras la caída del Sha y de Somoza. No han entendido que la opinión pública está otra vez preparada para aceptar una nueva intervención de su país en el exterior. Ahora bien, ese error de juicio del Kremlin no

le como detonante que hace estallar el conflicto precisamente una intervención soviética en Yugoslavia.

Lo que sí podría ocurrir —aunque en Occidente, por supuesto, se exagera al respecto— es que, después de la muerte de Tito, se produjesen diferencias políticas en la dirección del Estado yugoslavo. Diferencias que podrían conducir a una situación en la cual la facción prosoviética —representada en el seno de la oficialidad del ejército— trata de cambiar la orientación política del país. Pero sería más bien un

ficativo que avala esta opinión, y es que Yugoslavia es el único país de la Europa del Este que ha organizado su defensa nacional según la concepción original revolucionaria de Lenin y de Trotsky; es decir, con un ejército popular, que se apoya en el armamento general de la población. Los cubanos hicieron lo mismo en su momento, y también los chinos. Eso refleja una relación entre el Gobierno y el pueblo, que conviene no olvidar a la hora de hacer pronósticos.

En una reciente conferencia negaba usted la realidad de una nueva